

# **LA TELARAÑA ENTRE LOS MUNDOS**

**-CHARLES SHEFFIELD-**



*Para Linda*



## PRÓLOGO

### NOCHE DE DUENDES

La voz volvió a sonar en su oído mientras entraba de prisa en el aeropuerto. Era un hilo de sonido que venía a través de su receptor implantado.

*«Espero que ya estés en el avión, Julia. Al parecer ha sido la mejor decisión. Yo aún estoy en el laboratorio, pero todas las salidas están cubiertas. Todavía no he podido enviar ningún mensaje por los intercomunicadores normales. Veré si puedo comunicarme con Morrison, que está en el Edificio Dos. Tú sigue adelante y cuídate.»*

Dejó de oír la voz de Gregor. Entró en la principal terminal aérea de Christchurch y miró a su alrededor. Eran casi las dos de la madrugada. Había pocos vuelos a esa hora, y muy poca gente. Esto era bueno y malo al mismo tiempo. Podría descubrir a cualquiera que la siguiera, pero quizá no habría nadie para protegerla, a ella y a su carga. Se dirigió con cautela hacia el mostrador y miró el cartel de salidas. Había un vuelo dentro de una hora. Era el que ella quería y no se anunciaba retraso. Se acercó sin prisa al mostrador, donde un empleado joven, con cara de cansado, estaba de guardia.

El muchacho bostezó.

—¿En qué puedo ayudarla, señora?

—¿Tiene una reserva a nombre de Merlin, Julia Merlin?

¿No habría sido un error que Gregor y ella hicieran la reserva bajo su verdadero nombre? Volvió a mirar a su alrededor. El aeropuerto estaba vacío, a excepción de dos muchachos que dormían sobre un banco largo.

—Aquí está —el empleado introdujo en el ordenador la confirmación del vuelo—. Vuelo 157, transpolar hasta Ciudad del Cabo. Billete para un pasajero, pagado por adelantado. —Miró su abultado vientre y sonrió— aunque en realidad es para dos, ¿no?

Ella asintió y se obligó a esbozar una sonrisa.

—Falta un mes. Pero no crea eso que dicen de que un embarazo dura nueve meses. Parece cinco veces más.

Él asentía, sin prestar demasiada atención.

—Embarcan dentro de veinte minutos. El tiempo de vuelo será de tres horas y media. —La miró como pidiendo disculpas—. No es el aparato más rápido en esta ruta, menos de Mach Tres. Los pasajeros que viajan en plena noche no tienen demasiada prisa, supongo. Serán sólo cincuenta

a bordo, al menos podrá estirarse y hasta dormir un poco. ¿Equipaje? ¿Factura los dos bultos?

—No. —La respuesta de ella había sido demasiado ansiosa, demasiado rápida—. La maleta sí, pero necesito llevar la caja conmigo. —La apretaba con fuerza contra el pecho, sin poder evitarlo.

—Muy bien. —La miró con ojo experto—. No creo que quepa debajo del asiento, pero es igual, tendrá sitio de sobra en la cabina. —Revisó los papeles que ella le presentaba, controlando las fechas—. Veo que los Laboratorios Antigeria han pagado su pasaje. ¿Trabaja allí?

Un error. Si sus temores eran ciertos, ella y Gregor no deberían haber usado el nombre del laboratorio para reservar los billetes.

—Sí —dijo tragando saliva—. Mi esposo es el director.

Vaciló, preguntándose si debía añadir algo más, pero el joven asentía distraído. Para él, en realidad, no era más que una aburrida conversación mantenida a medianoche por cortesía, no porque sintiera el menor interés por ella. Tomó el billete y se volvió para irse.

—Un momento, señora Merlin.

Se quedó paralizada al sentir la voz del empleado a sus espaldas. Se giró despacio. Él le sonreía, tendiéndole un pedacito de papel amarillo.

—Se olvida de la tarjeta de embarque.

La tomó sin decir una palabra y se dirigió lentamente hacia la puerta. Al pasar por los controles de seguridad, la voz de Gregor comenzó a sonar otra vez en su oído.

*«Julia. Julia. No sé si aún puedes oírme, pero es peor de lo que creíamos. He localizado a Morrison en el Edificio Dos; ya ha hecho la primera prueba al otro Duende y está de acuerdo con tu análisis: hay claros indicios de progeria inducida. Hemos hablado durante un momento a través del vídeo, pero la comunicación se ha cortado enseguida.»*

La voz llegaba débil y aguda a través del diminuto micrófono, pero ella percibía la tensión.

*«Estoy de pie frente a la ventana en este momento —continuaba él— hay un incendio en el Edificio Dos y siguen vigilando las salidas. No veo manera de escapar. Tienes que llevar al otro Duende al Laboratorio Carlsberg, para que lo vea McGill.»*

Apretó con más fuerza la caja oblonga. En su vientre, el niño se agitó como reacción a la adrenalina que recorría a su madre.

*«Intentaré salir de aquí —continuaba la voz de Gregor—. Me llevaré el transmisor; pero no tiene alcance como para comunicarme contigo cuando te alejes algunos kilómetros del aeropuerto. Según nuestro plan, esta-*



*rás a punto de despegar. Ojalá pudieras confirmármelo de alguna manera. Escucha, hay otras dos cosas que quiero que le digas a McGill. El Duende que ha examinado Morrison murió de la misma manera que el tuyo: exposición al vacío, lo que significa que los dos murieron en el mismo lugar, un compartimiento de avión no presurizado. Morrison ha calculado la edad: alrededor de doce meses. La masa corporal era de cinco kilos y medio. El largo, de menos de medio metro, casi igual al que tienes contigo. Espero que puedas oírme. Aún no tenemos idea de cómo pudieron llegar al laboratorio, pero ahora estoy seguro de que murieron hace unos dos días, no más.»*

Julia Merlin atravesaba la zona de embarque y se dirigía al túnel que conectaba con la nave. Vio que el auxiliar de vuelo le sonreía y hacía un gesto hacia la caja que ella llevaba. Negó con la cabeza, caminó hasta su asiento y se acomodó. La voz de Gregor había cesado. Se inclinó hacia adelante e intentó meter la caja oblonga debajo del asiento, pero no entraba. Estirarse más le costaba un gran esfuerzo. Se incorporó, jadeando ante la súbita punzada de dolor.

—Ahí no va a entrar, señora —dijo el auxiliar de vuelo. Estaba de pie junto a ella, tendiéndole la mano—. Permítame ponerlo atrás, donde hay más sitio. No, no se moleste —agregó cuando ella hizo ademán de ponerse de pie—. Mire, ¿ve aquel hueco atrás? La guardaré allí.

Tomó la caja de sus manos y la llevó a la parte trasera del avión. Julia giró en el asiento, siguiendo la maleta con la mirada hasta verla en lugar seguro. Gregor hablaba otra vez, pero la voz era casi ininteligible por la interferencia.

*«...Llegar al piso más bajo... junto al farol de la calle... otra vez...»*

El creciente ruido de los motores ahogó sus últimas palabras. El avión, ancho y chato, comenzó a coger velocidad. Hubo una súbita aceleración que la apretó contra el respaldo del asiento. Despegaron enseguida y comenzaron a subir con una inclinación de unos treinta grados, hasta llegar a los veintisiete mil metros de altura y a una velocidad de crucero superior a la de Mach Dos.

Julia se recostó en el asiento, exhausta. No podía tranquilizarse, pero el agotamiento físico y mental comenzaba a mostrar sus efectos. Permaneció allí recostada mientras la nave llegaba a la altura fijada y comenzaba su gran ruta circular hacia Ciudad del Cabo. El dolor que sintió cuando se estiró en el asiento no se le había ido del todo. Era un dolor sordo en el vientre, que de vez en cuando se convertía en una especie de calambre. Pero había escapado. Aquello, fuera lo que fuese, que Gregor temía tanto ya no podía alcanzarla.

Una hora después se acercaban a Commonwealth Bay, en la costa de la Antártida. La voz del piloto acababa de decir por los altavoces que estaban a punto de sobrevolar el polo sur magnético. La violenta explosión en el compartimiento trasero del avión ahogó sus palabras.

El ordenador de a bordo hizo lo que pudo. Milésimas de segundo después de que la presión interna descendiera a menos de un cuarto de atmósfera, se enviaron señales de radio a los Satélites de Búsqueda y Rescate que vigilaban la Tierra constantemente desde una órbita polar baja. Al mismo tiempo, el ordenador estimó el daño causado en la estructura de la nave y decidió que era imposible descender. La bomba puesta en la bodega había destruido por completo el ensamblaje trasero. Tres pasajeros que iban sentados en la parte de atrás fueron arrancados de la nave por la presión aerodinámica. Con ellos se había ido la caja oblonga de Julia Merlin con el cuerpo del Duende dentro. Los pasajeros y la caja cayeron juntos hacia las oscuridades del Océano Glacial Antártico.

El ordenador consideró la zona que ocupaban los restantes pasajeros, calculó una probabilidad máxima de supervivencia para el grupo y cerró las puertas traseras de emergencia y las que cruzaban la cabina. Tres tripulantes quedaron atrapados al otro lado de las puertas.

El oxígeno reservado para casos de emergencia llenó la parte delantera de la cabina. El plástico de las puertas de emergencia se hinchaba bajo la presión, pero resistió. Cuatro segundos después de la explosión, la atmósfera volvió a ser respirable. Mientras los pasajeros restantes aspiraban a bocanadas el oxígeno y se apretaban los oídos intentando aliviar el espantoso dolor producido por los súbitos cambios de presión, el ordenador comenzó la Fase Dos.

Las superficies traseras de control habían desaparecido. El ordenador cortó toda la potencia de vuelo, lanzó la unidad de reactor nuclear una fracción de segundo antes de que pudiera hacerlo el capitán, y envió un lugar estimado de aterrizaje al Sistema de Búsqueda y Rescate.

El paracaídas de freno trasero también se había perdido. La velocidad de impacto, incluso desplegando el freno delantero, sería demasiado alta. El ordenador orientó todos los alerones para disminuir la velocidad de descenso. Se preparó para desplegar el paracaídas de freno delantero y dispuso las bolsas de aire para que se soltaran un instante antes del impacto contra el suelo. La nave caería en tierra, a dos mil metros por encima del nivel del mar, sobre el casquete polar. El Satélite de Búsqueda y Rescate también calculó una trayectoria y envió una confirmación del punto de llegada estimado. Ya se habían dirigido mensajes a los equipos de tierra del Sistema de Búsqueda y Rescate más cercanos, indicándoles el número de pasajeros y tripulantes, edades y estados físicos.



No hubo tiempo de pensar en nada. Julia Merlin y los otros pasajeros yacían recostados en sus asientos, indefensos, mientras la nave caía como una piedra a través del largo día de un noviembre antártico. La caída desde veintisiete mil metros con el freno desplegado duró seis minutos; lo suficiente como para volver a respirar, a desesperarse, y por fin a tener esperanzas.

Casi lo lograron. Si el impacto hubiera sido sobre nieve virgen en vez de sobre hielo duro y compacto, el avión habría quedado intacto. Pero se rompió en la base, arrojando a algunos de los pasajeros y artefactos sobre la dura superficie. Las bolsas de aire habían amortiguado bastante el golpe, de modo que los pasajeros más afortunados se encontraron atontados pero ilesos dentro del avión destrozado, que avanzó todavía deslizándose y dando tumbos para detenerse al pie de una escarpada colina de hielo.

Julia Merlin fue uno de los desafortunados. La parte del avión donde estaba recostada se prensó verticalmente cuando el ala derecha cayó y la nave rodó sobre ese costado. Una abrazadera de metal del techo de la cabina cayó sobre ella, la alcanzó en la frente y la arrojó fuera del avión. Su cuerpo se deslizó durante unos cuatrocientos metros hasta que los restos de la nave detuvieron su caída.

Su cuerpo, en parte protegido por los restos de la bolsa de aire, quedó boca arriba, sangrando sobre el hielo. Los lóbulos frontal y parietal del cerebro fueron comprimidos hasta convertirse en una pulpa gris supurante a causa del impacto contra la abrazadera de metal. La ropa había sido arrancada al salir disparada de la cabina. Pero no estaba muerta. La parte más primaria de su cerebro aún funcionaba. De alguna manera, el proceso ya comenzado cuando subió al avión continuó. A la pálida luz del sol de medianoche, el ritmo inmemorial del parto se aceleró en el cuerpo inconsciente de Julia Merlin.

Pronto apareció la cabeza, desnuda a la luz del largo día. Para una zona alta en el casco polar, la temperatura era moderada. El recién nacido salía a una atmósfera a treinta grados bajo cero y una brisa que hacía descender la temperatura diez grados más. Los muslos de Julia Merlin ofrecían escasa protección.

El Equipo de Búsqueda y Rescate salió de Porpoise Bay apenas recibida la petición de auxilio. Llegaron a gran velocidad al lugar del accidente, lo sobrevolaron y enseguida encontraron los restos del avión. Primero atendieron a los pasajeros que seguían dentro del avión. Luego el equipo se dispersó por el hielo, en busca de otros supervivientes.

El cuerpo de Julia Merlin fue el último que hallaron. Pero a pesar de eso, estuvieron a punto de llegar a tiempo.



«ENSALZA, ALMA MÍA, AL REY DE LOS CIELOS,  
PÓSTRATE ANTE ÉL CON ALABANZAS»

El sol de la mañana arrojó una amplia faja de luz sobre la cara sudeste de K-2 al elevarse en el cielo. El rayo de luz trepó por las escarpadas paredes de hielo y roca hasta la diminuta figura que se aferraba como una excrecencia contra la ladera de roca. Cuando la luz llegó a su máscara, la figura se agitó dentro del saco de dormir, buscando los anteojos que le protegerían los ojos de los feroces rayos ultravioleta. Un momento después sacó la cabeza del saco de dormir y miró a su alrededor. El tiempo continuaba estable, sin nubes y con poco viento. Miró hacia arriba. La cumbre no se veía a causa del saliente de la roca, pero debía de estar a menos de seiscientos metros de altura, destacando en el cielo de un azul profundo.

Rob Merlin volvió a meter la cabeza dentro del saco y comenzó su lenta y cuidadosa preparación para el esfuerzo de ese día, tal y como había hecho los once anteriores. Su mente estaba alerta. Ahora debía desentumecer sus manos. Esto le llevó quince minutos de ejercicio rítmico y permanente, hasta que quedó satisfecho con la coordinación. Veinte minutos más tarde soltaba los clavos que sujetaban el traje de escalada a la roca, los guardaba en la mochila y comenzaba un cuidadoso ascenso. A esa altura, la apariencia de la superficie de la roca era engañosa. Cada lugar donde apoyaba una mano debía ser examinado, cada pico que clavaba debía ser probado antes de hacer otro movimiento. Había estudiado la mejor ruta para escalar la montaña durante tanto tiempo que la elección de dirección y movimiento había dejado ya el nivel de sus pensamientos conscientes. Y eso era peligroso. No hay estudio previo que pueda predecir las rocas que se desprenden o la capa de hielo que avanza. Cuando resultaba necesario, cambiaba el camino, yéndose hacia la derecha o hacia la izquierda, pero siempre subiendo.

Para el mediodía ya había llegado al último campo de hielo, de suaves ondulaciones, que llevaba a la cumbre. Se detuvo allí, mirando a su alrededor a la cordillera Karakorum. Gracias al aire claro y transparente podía ver a una distancia de ciento cincuenta kilómetros. Los picos cubiertos de nieve se perdían hacia el infinito, aumentando hacia el sudeste, donde se encontraba el Everest, más de mil kilómetros de distancia. Con los ojos fijos en los escarpados picos se bajó la máscara, aflojó el tubo de oxígeno que desde la mochila llegaba a su boca y comenzó a ingerir una comida fría de concentrados deshidratados.

Hacia el sur, volando casi tan alto como el sol del mediodía, había una nave. Robert Merlin no la habría visto aunque hubiera tenido algún motivo para mirar hacia el disco ennegrecido, pues sus antiparras fotocromáticas se habrían oscurecido demasiado y él no habría distinguido más que el mismo sol. El piloto había puesto el control automático mientras ajustaba la lente de aumento electrónica del telescopio. Cuando corrigió el foco, la figura de Rob Merlin, como una hormiguita, apareció de pronto en la pantalla. Estaba inclinado hacia adelante, para equilibrar el peso de la mochila que llevaba a la espalda. Bajo las ropas térmicas, el cuerpo parecía robusto, con amplias espaldas y mucho músculo. La mujer lo observó en silencio mientras él comía su sencillo menú.

—Está en el último tramo —dijo ella por fin—. Lo que falta no es difícil por eso se ha detenido a comer aquí. No creo que se quede mucho tiempo en la cumbre; querrá tener buena luz para descender, sobre todo al atravesar esa grieta seiscientos metros más abajo. ¿Quieres que lo mantenga enfocado?

Hubo un silencio de varios segundos. La voz que por fin se oyó por el altavoz era áspera y grave, como si las cuerdas vocales estuvieran gastadas.

—Sí. Tengo a Caliban en el circuito, y necesita todo, lo auditivo y lo visual. ¿Puedes ampliar más la imagen? Quiero verle mejor la cara.

La mujer asintió. Movi6 un mando y enfoc6 la cabeza y los hombros de Rob Merlin. Se oy6 un gruñido por el altavoz.

—Ya entiendo lo que querías decir. Se le ve muy tranquilo. Ojalá pudiera verle los ojos.

—A esta altura no. Llevará los anteojos puestos todo el rato. Hay demasiadas radiaciones ultravioleta. Pero te diré cómo son. Igual que la cara: parecen una tela en blanco esperando a que alguien pinte algo en ella.

—Qué poético, pero nada preciso. —La voz son6 burlona, cascada—. Supongo que puedo esperar a que baje a menos de seis mil metros para verlo con mis propios ojos. Ya puedes reducir la imagen.

La mujer asintió. Con dos breves movimientos suyos, la imagen de la pantalla ofreció una toma más lejana de Rob Merlin.

—La dejaré así para Caliban. ¿Alguna idea nueva sobre cómo ponerme en relación con Merlin?

—No. Es asunto tuyo, no mío. Hazlo apenas puedas. Necesito regresar a la base, y no quiero permanecer aquí más de lo necesario.

La mujer se sacudió el pelo castaño de la cara y volvió a escudriñar el visor.



—Lo abordaré lo antes posible, pero no sé cuándo. Habría tenido una razón para acercarme a él si hubiera tenido dificultades en el ascenso, y puedo hacerlo si tiene algún problema en el descenso. De lo contrario, querrá cubrir las partes difíciles solo, de eso estoy segura. Si todo va bien, no nos esperes hasta dentro de, por lo menos, tres días.

—¡Tres días! —La voz cascada sonó impaciente—. ¿Por qué tanto tiempo? Está en la cumbre, ¿no? ¿No era eso lo que quería?

—Sí —la mujer parecía divertida— y querrá bajar solo, también. Si trato de abordarlo ahora lo más probable es que me eche. Ésa es mi opinión. Pregúntale a Caliban, si no me crees.

—Ya lo he hecho. —La voz parecía suavizada—. Pero no hemos entendido el mensaje. Le pediré a Joseph que lo intente otra vez, pero dudo que obtengamos nada nuevo.

Mientras hablaban, Rob Merlin se puso de pie, se ajustó la máscara y emprendió el ascenso hasta la cumbre de K-2. Al llegar se quedó allí apenas un par de minutos, una figura diminuta parada en la cima del mundo. Al volverse para comenzar el trabajoso descenso, toda su atención se centraba en las inclinadas paredes de hielo y las grietas debajo de él. Bajaban y se doblaban en una complejidad que mareaba, hasta llegar al punto donde Rob había planeado descansar, mil doscientos metros más abajo. Era crucial una atención absoluta. A esa altura y a esa presión, el hielo ennegrecido se sublimaría al calor del sol antes de derretirse, a menos que tuviera la fuerza del peso del hombre sobre él. Con ese peso, cada paso era peligroso.

No volvió la cabeza hacia la cumbre de la montaña en ningún momento, ni miró hacia el sol y la mota de plata oculta en su luminoso resplandor. Lo emocionante era el ascenso. El descenso, como siempre, sería más peligroso.

A los cinco mil cuatrocientos metros hubo un sutil pero significativo cambio en los alrededores. Aún estaba muy por encima de la línea de vegetación, pero ya la superficie de la montaña era más áspera y más quebrada. Incluso podía escoger entre los caminos que se abrían ante él, cosa que no ocurría cuando el escalador se hallaba por encima de los seis mil metros. Rob se detuvo para desconectar el tubo del oxígeno y se aflojó la máscara. Siguió bajando despacio, intentando pensar en el camino que tenía por delante y no en el placer de la comida y los baños calientes que al cabo de algunos días podría disfrutar.

Sus orejas le habían impedido oír el ruido producido por la nave. La descubrió ante sus ojos a cien metros de distancia, cuando ésta descendía hacia la ladera, donde permaneció sobre sus columnas de aire. Era un

biplaza, y de los caros. Cuando se acercó suavemente a él, Rob vio a la piloto que con toda calma alineaba la puerta de salida con un pedazo de terreno llano formado por guijarros. Se detuvo y esperó a que ella conectara el piloto automático, abriera la puerta y bajara a la superficie pedregosa a veinte metros de él.

—¿Te ahorro el resto del camino? Ya has cubierto la parte difícil.

Iba vestida con un traje acolchado apropiado para la nieve, con la cabeza y los antebrazos descubiertos. El rostro era delgado y oscuro, con ojos vivaces y una boca de labios carnosos y gesto divertido sobre el robusto mentón. Sus modales eran muy informales, pero Rob estaba seguro de que no se conocían. Recordaría la piel oscura y esos sorprendentes ojos pálidos y animados.

La miró un momento y pensó de pronto en el deleite de un largo y lujurioso baño de inmersión en agua y vapor, consciente de su propia suciedad. Era una oferta tentadora, y ella tenía razón, la parte más difícil había pasado. Después de unos segundos negó con la cabeza.

—Ya que he llegado hasta aquí, quiero terminarlo yo solo. Además, tengo todas mis cosas en Suget Jangal.

—Me coge de paso. Allí también puedes darte un baño caliente.

Parecía leerle el pensamiento; aunque también podría ser que le oliera a cuatro pasos de distancia.

—Supongo que te hace falta un buen baño —continuó ella—. Once días en la montaña es mucho tiempo.

—Demasiado. —La miró con curiosidad—. ¿Controlaste mi partida de Suget?

—Sí. Y no te he quitado los ojos de encima durante los últimos días.

No mostraba ninguna vergüenza por haber invadido lo que él había creído su intimidad. La estudió mejor. Era baja, mediría poco más de un metro cincuenta, y delgada. No tendría más de veinte años, pero se mostraba realmente muy segura de sí misma. Rob se acomodó la mochila, se restregó la barba de once días y contempló la nave que esperaba.

—Y yo creía, inocente de mí, que me hallaba solo aquí arriba. Vaya aislamiento. ¿Por qué no me has esperado en Suget Jangal? Estaré allí dentro de tres días.

—Claro, y rodeado de veinte personas. Por eso no me he quedado allí. ¿Sabías que hay cuatro grupos de empresas en el hotel, el único hotel, esperando el regreso de Rob Merlin? Te escabulliste antes de que pudieran hablar contigo después de tu último contrato. Ahora quieren ser los primeros en hacerte sus ofertas para el próximo.



—No me sorprende. Me empezaron a perseguir antes de que terminara. Por eso me di prisa, para tener un poco de tiempo para mí solo. Supongo que fue muy fácil localizarme. —Rob frunció el ceño. Las líneas que cruzaron su lisa frente lo avejentaban—. Y tú eres una más, supongo, pero querías llegar antes que ellos. Bien, la respuesta sigue siendo no. Voy a terminar el descenso. Deberías haberte informado mejor. De haberlo hecho, sabrías que no trato con intermediarios, y sabrías que no permito que nadie me presione para firmar un contrato antes de tiempo.

La expresión de ella no se alteró. Miró a su alrededor, a los picos de la cadena del Karakorum, y luego volvió a Rob.

—Lo sé —frunció el gesto— concédeme algo de inteligencia. Admito que he venido a hablar de negocios, pero se trata de circunstancias especiales. En primer lugar, tienes mi palabra de que no estamos intentando pisar a nadie ni peleando por tu talento. No queremos construir un puente, al menos no uno corriente. En segundo lugar, esto no puede manejarse si no es con un intermediario. —Miraba atentamente la expresión de Rob—. El hombre para el que trabajo no está aquí porque no puede. Jamás sobreviviría a un viaje a la superficie de la Tierra. Darius Regulo está enfermo desde hace más de cuarenta años.

—¡Regulo! —Rob mostró su primera señal de interés—. ¿Me estás diciendo que trabajas para Darius Regulo?

—Así es. El Rey de los Cielos en persona, y quiere verte.

Rob miró la nave.

—¿Él te ha pedido que me dijeras todo esto?

—No —sacudió la cabeza, y los cabellos castaños acompañaron el movimiento— todavía no conoces a Regulo. Jamás daría una orden de ese tipo. No es su estilo. «Ve allá abajo», me ha dicho. «Impide que ese tonto se mate en la montaña y tráelo para hablar conmigo». Ésas son todas las instrucciones que me ha dado. Nunca diría a nadie *cómo* hacer un trabajo; dice que para eso paga a la gente. Lo que le importa son los resultados. —Notó que Rob miraba la nave—. Como ingeniero que eres, deberías conocer a ese hombre.

Rob miró el camino que le esperaba y luego a la mujer.

—No me engañes. Si voy contigo, ¿iremos directamente a ver a Regulo?

—Eso he dicho.

—Bien. —Rob caminó hasta la nave y arrojó la mochila a la parte de atrás—. Ignoro cómo lo has sabido, pero este asunto sí me tienta.

Ella aún sonreía para sus adentros cuando los dos subieron juntos a la cabina: la mujer en los controles y Rob detrás de ella junto al equipo de la

cámara. Miró todo con curiosidad, y luego descubrió la pantalla de televisión al otro lado de la cabina.

—Ahora entiendo eso de que no me habías quitado los ojos de encima. ¿Has tenido ese telescopio todo el tiempo enfocado sobre mí?

Ella asintió sin mirarlo.

—Da una imagen muy buena.

Rob refunfuñó.

—No lo dudo. No creo tener ningún secreto ya para ti. Escucha, estoy aquí, me has pescado con el nombre de Regulo. Pero, ¿quién eres tú y por qué le intereso?

—Yo soy Cornelia Plessey. No te molestes porque te haya estado observando. Me dijeron que estuviera pronta a asistirte si tenías algún problema en el K-2. Piensa en mí como en un intermediario.

Fijó una ruta y colocó el piloto automático, y luego giró en la silla para mirar a Rob. Sonreía. Él escudriñó su rostro, buscando finas cicatrices indicadoras de un rejuvenecimiento. No había ninguna. ¿Sería de verdad tan joven como parecía? No era coherente con su manera de comportarse.

—Tengo veintiséis años —dijo ella, interpretando la mirada de él—. Pero no te preocupes, tengo toda la autoridad que hace falta; podemos hablar de dinero, si es lo que más te interesa. Regulo me deja decidir con qué tentarte, ya sea mucho dinero, mi cuerpo, mi cerebro o cualquier otra cosa que funcione... Lo único que debo decirte es que Regulo quiere hablar contigo de un proyecto que hará que todos los otros proyectos en los que has trabajado parezcan juegos infantiles. Cuando sepas de qué se trata, el dinero será lo de menos.

Rob levantó las cejas. Eran oscuras y espesas, y ocultaban sus ojos profundos.

—Y supongo, por coincidencia, por supuesto, que al final de cuentas su proyecto tendrá que ver con la utilización de la Araña.

—Será necesario que introduzcas mejoras en la Araña, que la aceleres en un factor de veinte. No conozco los detalles, pero eso dijo Regulo.

—¡Dios santo! —Rob volvió a restregarse la barba y resopló—. ¿Tienes idea de la velocidad de la Araña? No sé nada de Regulo, excepto su fama como excelente ingeniero, pero sobre esto el viejo no sabe lo que dice. Escúchame, Cornelia...

—Corrie.

—Bueno, Corrie. Estoy intrigado, como tú querías. Pero tendré que saber mucho más de lo que quiere Regulo antes de decidir nada. Estoy

seguro de que habéis estudiado mi currículum y sabéis que no tengo ninguna experiencia en construcciones fuera de la Tierra. Ahora bien, lo único que yo sé de Regulo es que jamás trabaja aquí en la Tierra. Es el «Rey de los Cohetes» para trasladar materiales por todo el Sistema Solar. ¿Por qué le intereso, entonces?

—Repites lo que dicen los periodistas, que no saben nada. —Suspiró— Regulo *odia* los cohetes. Ya lo verás en tu primera entrevista con él. Desearía que recibieras la información directamente de él. —Se quedó pensativa un momento y luego se inclinó hacia él. Tenía la piel clara y lisa, un profundo bronceado debajo del cual había marfil—. Escucha, hay muchísimas personas que no llegarían a ver a Regulo jamás, aunque se pasaran un año intentándolo. Es un hombre muy reservado y está obligado a vivir fuera de la atmósfera de la Tierra, con poca gravedad. No le interesa la publicidad, ni siquiera le interesa corregir las tonterías que se dicen de él. Pero hay un rumor que es verdad: Regulo se queda con el dos por ciento de todo lo que se transporta en el Sistema, y eso incluye materiales que van hacia la órbita de la Tierra o que vienen de ella. Si fuera cuestión de dinero, Regulo podría ganarle a cualquiera en el Sistema. Si es eso lo que te preocupa, olvídale. Pero si lo que buscas en un proyecto es algo más que el dinero, y yo creo que así es, entonces debes venir a ver a Regulo. Te doy mi palabra de honor de que te fascinará lo que va a proponerte.

Rob la estuvo observando con atención mientras la muchacha hablaba, fijándose más en el estilo que en las palabras. Asintió y miró hacia adelante.

—Me arriesgaré a perder uno o dos días. Estaremos en Suget Jangal dentro de veinte minutos. Quiero darme un baño y comer algo caliente, luego estaré listo para ir contigo. ¿Dónde está ahora Regulo?

—Nos espera en una base provisional en el espacio, en una órbita geoestacionaria sobre Entebbe. Viajaremos en dos etapas. Desde aquí hasta Nairobi en esta nave (eso nos llevará unas tres horas) y luego cogeremos un Remolcador desde allí hasta la órbita geosincrónica. ¿Cuánto tiempo necesitas para estar listo? No olvides que debes hallar la manera de eludir a la gente que te espera en el hotel.

—Tengo experiencia —dijo Rob, encogiéndose de hombros—. No pueden obligarme a que hable con ellos. Pero, ¿cómo sabremos cuándo sale el próximo Remolcador? Puede no haber ninguno hasta dentro de veinticuatro horas. ¿Qué sentido tiene salir de aquí tan rápido si luego tenemos que esperar en Nairobi?

Cornelia Plessey había vuelto a los controles y se preparaba para aterrizar en el primitivo aeropuerto de Suget Jangal. No era más que un largo

trecho de roca plana. Se volvió a Rob un momento, con una mirada divertida en los pálidos ojos azules.

—Deberás acostumbrarte a la idea de que las cosas son diferentes cuando empiezas a trabajar para Darius Regulo. Dudo de que haya ningún Remolcador con partida prevista para dentro de doce horas, al menos. Pero lo habrá para cuando lleguemos. ¿Cuánto tardarás en regresar a la nave?

—Dame una hora. —Rob comenzó a bajarse apenas la nave se detuvo y quedó en suspenso en el aire. Luego se volvió y vaciló antes de bajar—. Dejaré la mochila aquí para ahorrar tiempo. Sólo por curiosidad, ¿qué habrías hecho si tu argumento no hubiera funcionado? ¿Qué tal si te hubiera dicho que te esfumaras cuando intentaste convencerme de subir a ver a Regulo?

Corrie sonrió.

—Lo hubiera intentado de otra manera, por supuesto. Es algo que Regulo me enseñó. Cuando lleguemos a él, échale un vistazo a su escritorio. Verás cosas escritas sobre él. Una de las leyendas dice: «*Hay novecientas sesenta maneras de erigir hogares tribales, y cada una de ellas es la correcta*». Contemplé esa leyenda años y años, sin tener la menor idea de lo que significaba, hasta que por fin comprendí por qué la tenía allí. Ahora sigo intentando, un método tras otro, hasta dar con uno que dé resultado.

*Años y años.* Rob se sintió intrigado. Estuvo a punto de hacer otra pregunta, pero cambió de idea y bajó de la nave. Mientras él cruzaba la superficie rocosa de la pista de aterrizaje hacia la pequeña ciudad, Corrie miró la cámara montada en una pared de la nave.

—¿Sigues ahí, Regulo?

—Sí. —Hubo una pausa antes de que la voz grave volviera a hablar—. Bien hecho, Cornelia. Ya he enviado un mensaje para que tengan un Remolcador preparado en Nairobi para dentro de cinco horas.

—Estaremos allí. ¿Alguna otra instrucción?

—Ninguna. Pero sí una pregunta. Observé con atención a Merlin antes de que se fuera. Me pareció que algo lo preocupó por un instante, o que lo sorprendió. Yo no te estaba mirando a ti, pero me pregunté si no habrías hecho algo que no captamos en la cámara.

—No noté ninguna reacción extraña en él. —Quedó pensativa un momento, pero negó con la cabeza—. No recuerdo haber hecho nada peculiar o fuera de lugar.

—Sigue pensando. —La voz sonó reflexiva—. Ya lo sabíamos: es un muchacho muy inteligente. Ten cuidado con lo que le dices. Y he com-



prendido lo que me decías de sus ojos. Tiene veintisiete años, pero sus ojos podrían ser los de un niño de seis. Ya sabes que, según Caliban, nos arriesgamos mucho al utilizar a Merlin. O al menos creemos que eso es lo que dice. Sabes lo difícil que es interpretar cualquier cosa que nos transmite. He decidido no hacer caso de Caliban en esto, a pesar de las objeciones de Joseph. Caliban sugiere que debemos tratar con Merlin con más cautela que de costumbre. Recuérdalo cuando hables con él. Te esperaré aquí dentro de ocho horas.



## UNA MIRADA A LA ESCALERA DE JACOB

Desde lejos no había manera de calcular el tamaño de la estación de Regulo. Corrie le había dicho a Rob que era sólo una base provisional, donde Regulo esperaba para encontrarse con ellos, y eso hacía pensar en una construcción pequeña. Sólo cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para ver la entrada y tenerla como referencia, Rob se dio cuenta una vez más de que Regulo pensaba a lo grande. Toda la construcción cilíndrica medía más de cien metros de largo y al menos cincuenta de ancho.

—No le gustan las estrecheces —dijo a Corrie mientras se sentaban juntos en la zona de pasajeros del Remolcador.

—¿Por qué iban a gustarle? Pero esto no es nada, sólo una casa para unos pocos días. Su base real está en estos momentos a un millón de kilómetros de aquí. Se muere por volver. Te lo dije, Regulo se ha tomado muchas molestias para encontrarse aquí contigo. Su primera idea fue que yo te llevara a su base, pero después de hablar con él un poco más se percató de que era demasiado esperar sin un incentivo real.

Mientras ella hablaba, el Remolcador giraba suavemente hacia el acoplamiento con la puerta central de la estación cilíndrica, ajustando la posición y la velocidad con pequeñas explosiones de los motores de control. Cuando por fin se acoplaron no hubo impacto, sino una suave y breve aceleración cuando la nave tomó su posición final y se acopló electromagnéticamente a la cavidad central de la estación. Los controles electrónicos concluyeron en pocos segundos y las puertas se abrieron en silencio hacia el interior de la gran estación. En el eje la gravedad era casi nula. Corrie lo condujo hacia las áreas externas, y Rob flotaba detrás de ella. Su experiencia en ambientes con baja gravedad era escasa, y a pesar de las drogas para corrección vestibular, sentía la falta de orientación. No había señales de nadie más. Siguieron avanzando hacia afuera, hasta un punto donde la aceleración centrífuga había aumentado casi hasta un cuarto de g. La incomodidad de Rob disminuyó cuando regresó la sensación de peso.

Corrie no había dejado de mirarlo comprensiva mientras avanzaban.

—Te sentirás mejor, verás, dentro de un momento —dijo—. Y la próxima vez no notarás ni la mitad de lo que has sentido ahora. Es algo a lo que hay que acostumbrarse, y les pasa a todos.

Habían llegado a una gran puerta corrediza. Corrie la abrió sin lla-

mar y lo hizo entrar. La habitación en la que penetraron había sido amueblada como un estudio, con terminales de ordenador sobre una pared, pantallas en la de enfrente y un gran escritorio y consola de control en el medio. La iluminación era tan escasa que resultaba difícil discernir los detalles de muchos de los objetos. La suave curva del suelo cilíndrico estaba cubierta por una alfombra fina y espesa, roja oscura, que parecía resplandecer suavemente como la luz de un rubí. La tapa del escritorio estaba hecha de un material vetado, en rosa, parecido a un delicado mármol, que también parecía agregar luz a la habitación en lugar de absorberla. Rob observó todo esto con una breve mirada. Sus ojos se posaron en el hombre sentado detrás del gran escritorio.

Darius Regulo era alto y delgado, con manos largas y huesudas, y algo encorvado. Los cabellos que cubrían su gran cabeza eran blancos y finos, y le caían en un mechón despeinado sobre la amplia frente. Era evidente que, si se había sometido a tratamientos de rejuvenecimiento, hacía tiempo que le hacía falta otro. Rob nunca había visto a nadie, hombre o mujer, que pareciera tan viejo, tan frágil. Luego miró la cara y la piel de Regulo, y los otros factores perdieron importancia. Los ojos seguían siendo brillantes y alertas, de un azul helado con pálidos reflejos grises, pero miraban desde una cara que era una burda imitación de humanidad. Los rasgos de Regulo parecían haberse desdibujado, derretido. La piel que los cubría era como la escoria de un horno: gris, granulosa y marchita. Era fácil adivinar el motivo del bajo nivel de iluminación en la gran habitación. Rob se obligó a mantener la mirada fija sobre Regulo, sin apartar los ojos.

—Adelante, Merlin. —La voz profunda sonó raída y gastada también, como si hubiera sufrido el mismo destino que la cara de Regulo. Las consonantes sonaban como salidas de una garganta llena de arena—. Lamento que mi estado imposibilitara un encuentro en la Tierra. Por favor, siéntese en esa silla.

Se volvió a Corrie.

—Buen trabajo, querida. Merlin y yo necesitaremos al menos un par de horas a solas. No creo que la conversación te resulte demasiado interesante. Te sugiero que vayas a visitar a Joseph, al otro lado de la estación, y te informes sobre sus adelantos. Está convencido de que tiene nuevos resultados para nosotros.

Corrie hizo una mueca.

—Sabes que no me gusta estar con él, sobre todo cuando no estás tú.

—Lo sé —Regulo rió—. Pero también sé que estás tan interesada como yo en seguir sus proyectos. No lo niegues, querida, podría recordar-



te cincuenta incidentes que apoyan mi afirmación. Te llamaremos cuando hayamos terminado. Y haré que el Remolcador esté listo para que podáis regresar a la superficie a última hora.

Se volvió hacia Merlin cuando Corrie salió del estudio.

—Así que usted es el hombre que inventó la Araña, ¿eh? —Su voz, a pesar de la aspereza de sonido, sonó cálida e interesada—. Si no le importa me gustaría saber cuánto tardó en hacerla.

A Rob le sorprendió la pregunta. Era un comienzo inesperado para la conversación.

—Un año, más o menos —respondió—. Una vez concebida la idea original, claro. La mayor parte del trabajo fue la programación y la fabricación.

—Un año. —Regulo silbó y sacudió la cabeza—. No es por darle coba, pero ¿sabe que mi equipo de ingenieros invirtió más de cuarenta años-hombre en la Araña, intentando descubrir cómo diablos funciona esa cosa, y todavía no lo ha logrado? Eso demuestra lo que yo he dicho siempre: trabajar sin ideas es peor que no trabajar. —Se sonrió—. Hay un truco, ¿no?

—Lo hay —Rob sonrió—. Y antes de que comience, quiero aclararle que no está a la venta.

—Eso supuse —Regulo miraba a Rob atentamente con sus arrugados ojos azules—. Pero puede ser alquilada, ¿no? No, no me lo diga, ya sé que no anda necesitado de dinero. El último contrato por el Puente Taiwan le habrá hecho ganar millones. ¿Qué longitud tiene? ¿Ciento veinte kilómetros?

—Un poco más. Casi ciento cuarenta.

—No está mal —Regulo tenía una expresión divertida en su rostro ajado—. Es difícil estar al tanto de las obras pequeñas. ¿Usted dirigió la extrusión de todos los cables de sostén?

Rob había logrado permanecer imperturbable ante la mención de «obras pequeñas». El Puente Taiwan era uno de los más grandes del mundo; ¿adónde quería llegar Regulo?

—Toda la extrusión y la fabricación —replicó—. La Araña permite comenzar desde las materias primas básicas y hace un cable compuesto por monofilamentos sin interrupciones.

—Ajá —Regulo hizo avanzar la silla hacia un costado del escritorio y tomó un listado de ordenador—. He pasado bastante tiempo estudiando la Araña para saber al menos lo que hace, aunque no sepamos cómo lo hace. Ahora bien, venga aquí y mire esto. Es el resumen de un artículo

aparecido el año pasado en la *Revista de Estado Sólido* —golpeó la hoja con un dedo huesudo—. No me creerá, pero hace cuarenta años que esperaba que alguien escribiera este artículo. Mírelo y dígame qué le parece.

Rob se acercó al costado del escritorio, cerca de Regulo, y los dos hombres observaron la hoja durante unos minutos.

—Lo que dice es claro —dijo Rob por fin—. Si el autor no se equivoca, puede hacer filamentos de silicio sin interrupciones veinte veces más resistentes que los más duros que estamos fabricando con grafito. Sólo menciona la resistencia a la tensión, de modo que mi primera pregunta sería qué pasa con la resistencia bajo condiciones de compresión y deslizamiento.

—Yo se lo pregunté. La resistencia al deslizamiento es buena, la de compresión, escasa, más o menos lo mismo que sucede con los filamentos de grafito.

Rob se encogió de hombros.

—De modo que puede hacerse un cable de carga de silicio, en lugar de grafito. No veo que eso sea especialmente valioso. No necesitamos materiales más fuertes para ninguno de los puentes que conozco, ni siquiera para los que están en etapa de diseño, y con esto incluyo al Puente Tasmaniano, que medirá trescientos cuarenta kilómetros.

—Muy cierto —Regulo se inclinó sobre el escritorio y rozó la superficie con un dedo. Bajo la presión de su mano apareció una leyenda iluminada, en letras de imprenta sobre la superficie rosada: PIENSA A LO GRANDE.

—Eso es lo que tienes que aprender a hacer, Merlin. Pensar a lo grande, no modestamente. Estoy interesado en algo cuya magnitud sobrepasa ampliamente la de cualquier puente insignificante. Si no tuvieras límites de presupuesto, ¿podrías fabricar y extruir cable de silicio, en lugar de cable de grafito?

Rob vaciló. Aún miraba con curiosidad la superficie del escritorio de Regulo. Se inclinó hacia adelante y tocó el lugar que había tocado Regulo. La señal resplandeciente volvió a aparecer. PIENSA A LO GRANDE.

—¿Efecto piezoeléctrico? —preguntó.

Regulo rió roncamente.

—No exactamente. Ya tendrás tiempo de averiguarlo si trabajamos juntos. Oprime la superficie en otros lugares, a ver qué sale.

Cada pedazo de la superficie del escritorio respondía a la presión de la mano de Rob: GANA POCO, IDEAS-COSAS-GENTE, LOS COHE-



TES NO SIRVEN. Rob se quedó mirando el último. Era lo que Corrie había dicho de Regulo. El otro hombre miraba con placer no disimulado las señales rojas que resplandecían en la superficie del escritorio y se apagaban segundos después hasta convertirse en el pálido rosado de antes.

—Mi filosofía de trabajo está inscrita en este escritorio —dijo—. Deberías dedicar media hora a leerlo todo, pero no ahora. Espero tu respuesta. ¿Puedes modificar la Araña?

Rob asintió.

—Me llevaría quizás un mes de trabajo, pero puedo hacerlo. Diseñé a la Araña con mucha flexibilidad de funcionamiento.

—¿Y aún podrías moldear cualquier forma de cable, como hiciste para los puentes?

Rob volvió a asentir, y no creyó necesario agregar comentario alguno. Regulo se sentó más derecho en su silla, gruñendo al enderezarse.

—Muy bien. —Apoyó ambas manos planas sobre el escritorio—. Otra pregunta más, y luego responderé a las que estoy seguro que quieres hacerme. Si no tuvieras problemas de dinero, ¿podrías aumentar la velocidad de la Araña? ¿Podrías aumentar la producción máxima de moldeo de cable de diez kilómetros diarios a más o menos doscientos kilómetros diarios?

Rob frunció el ceño y se mordió el labio, concentrado.

—Eso es más difícil —dijo por fin—. Necesito tiempo para pensarlo antes de dar una respuesta definitiva. No veo ninguna razón específica para que no pueda hacerse, pero ésa no es la clase de respuesta que usted espera. Pero, ¿para qué querría hacerlo? Cuando diseñé la Araña la hice para que trabajara más rápido que cualquier otra máquina de las utilizadas en la construcción de puentes. No veo la necesidad de acelerarla, los demás equipos jamás podrían seguirle el ritmo.

—Te diré para qué —dijo Regulo, extendiendo la mano—. Mira esto. Mira el resto de mi cuerpo. Soy un hombre viejo, sí, y eso significa que no tengo tanto tiempo como tú. No creas a los que dicen que los jóvenes viven deprisa. Son los viejos, los que han aprendido lo valioso que es el tiempo, los que viven deprisa. No sé qué opinas tú, pero yo no estoy dispuesto a esperar diez años a que extruyan un cable de sostén. Un año todavía, necesitaríamos ese tiempo de todos modos para prepararlo todo. Pero no más de un año.

Rob volvió a sentarse en la silla frente a Regulo. Miró con fijeza la cara estropeada, tratando de leer detrás de los rasgos deformados. Era imposible. Sólo los ojos eran humanos, y brillaban con un intenso interés intelectual.

—Acláreme algo —dijo Rob por fin—. Se dará cuenta de que una velocidad de extrusión de doscientos kilómetros diarios fabricaría un cable de sostén que le daría dos vueltas a la Tierra. A diez kilómetros diarios tendríamos miles de kilómetros de cable, más de lo que necesitaríamos jamás. ¿A qué quiere jugar? ¿A diseñar puentes para Júpiter?

—No. A algo mucho más interesante —Regulo se inclinó sobre el panel de control a un lado del escritorio y oprimió una serie de botones. La gran pantalla en la pared de la derecha se encendió y mostró la imagen estilizada del sistema Tierra-Luna, más o menos a escala—. Ya sabes cuál es mi opinión de los cohetes, por la leyenda que viste sobre el escritorio. Yo transporto más material desde la Tierra que ninguna otra persona, y para eso usamos cohetes, pero resulta que, en mi opinión, los cohetes son un elemento de tecnología obsoleto. Incluso con los mejores sistemas de propulsión nuclear, consume mucha energía levantar una carga de la superficie de la Tierra y ponerla en órbita aquí. Y consume la misma cantidad de energía y reacción de masa para hacer bajar otra vez el mismo material.

»Ahora bien, Rob, tú sabes bastante de ingeniería y de física (me aseguré de ello antes de pedirle a Cornelia que intentara hacerte venir) para saber de sobra que un campo de gravedad newtoniano es *conservativo*. Hay una función potencial para él. ¿Qué quiere decir esto? Te lo diré. Significa que en principio se debería poder tomar masa de un punto del campo, digamos de la superficie de la Tierra, y llevarla a otro punto, como por ejemplo una órbita geosincrónica, usando una determinada cantidad de energía. Luego se debería poder traerla otra vez, de regreso a la Tierra, y *recuperar toda la energía gastada en subirla*. Eso es lo que significa un campo conservativo: que lo que se use para subir se recupere cuando se baja.

Rob se encogió de hombros.

—Entiendo las ideas teóricas de los campos potenciales. Pero en la práctica no sirven. El campo de gravedad de la Tierra es conservativo, cierto, pero hay que usar energía para llevar los cohetes al espacio desde la superficie. Y se necesita reacción de masa y energía para evitar que caigan demasiado rápido cuando uno quiere hacerlos regresar a la superficie.

—Así es. Es una situación terrible desde el punto de vista de la eficacia. De modo que debemos empezar por ahí.

Regulo oprimió otro botón en la consola de control y la pantalla de la pared mostró a la Luna y la Tierra rotando juntas alrededor de su centro común de masa, mientras que la Tierra rotaba al mismo tiempo sobre su eje.



—Supón que no usemos cohetes —explicó—. Los cohetes son como los transbordadores, que llevan gente y materiales para arriba y para abajo. Supón que en lugar de transbordadores construimos un puente hacia el espacio. La idea es sencilla: tomamos un cable, atado a un punto de la superficie de la Tierra, tal vez en algún lugar del Ecuador. Se extiende verticalmente hacia arriba, hasta llegar a una órbita sincrónica, donde estamos ahora, y más allá. En el extremo, ponemos una especie de lastre. ¿Te das cuenta? Toda la estructura cuelga allí en equilibrio, las fuerzas que tiran hacia abajo del cable a partir de la altura geosincrónica equilibran las fuerzas que tiran hacia afuera por la aceleración centrífuga. El peso que hace de lastre quiere volar hacia afuera, pero el cable se lo impide, y la tensión hacia afuera del cable se equilibra por la fuerza en el punto de amarre, en la superficie. Toda la estructura gira a la misma velocidad que la Tierra, como esto.

Regulo oprimió otro botón. El sistema Tierra-Luna, en rotación, apareció con un largo cable que se extendía desde la superficie de la Tierra y rotaba con ella. Rob miraba la pantalla, pensativo, con la cabeza inclinada hacia un lado, acariciándose la barba que no se había molestado en afeitarse antes de salir con Corrie de Suget Jangal.

—Suena bien —dijo por fin—. Pero no veo cómo funcionará. Cada elemento en ese cable querrá moverse en una órbita diferente. Cada parte de él querrá moverse alrededor de la Tierra a una velocidad diferente.

—Muy cierto —Regulo parecía confiado, y Rob vio que estaba disfrutando de la conversación—. Los elementos del cable *querrán* moverse a diferentes velocidades, pero no podrán. La tensión del cable se lo impide. No hay diferencia entre esta situación y la de una piedra que gira al final de una cuerda. —Volvió a alargar la mano y a tomar otra hoja—. Mira, Rob, esto no es algo que acabe de inventarme. Encontrarás referencias sobre el tema en la literatura científica (como idea no como proyecto de ingeniería) de hace más de noventa años. Las primeras referencias a un sistema así se remontan a 1960, incluso a antes de ese año. En ese tiempo se estudió toda la mecánica orbital. Ésta es una relación de algunas de las referencias. Como te dije, hace cuarenta años que me enteré de esa idea y he querido llevarla a la práctica. Lo que siempre me lo impidió fue el problema de los materiales. Nunca tuvimos nada lo suficientemente resistente como para soportar el peso del propio cable, mucho menos para transportar otros materiales. He estado pendiente de los adelantos en la ciencia de materiales, año tras año, buscando algo como el artículo que te he enseñado, y por fin llegó.

Regulo volvió a tomar el resumen que él y Rob habían estado leyendo. Golpeteó sobre la hoja con un delgado dedo.

—Hay un punto fundamental en esto que se te puede haber pasado por alto en una primera lectura. Esos filamentos de silicio para la fabricación de cables pueden producirse muy baratos, ésa es la clave de todo. Son incluso más baratos que los de grafito.

Rob seguía mirando la imagen en la pantalla. Tenía los ojos inexpresivos mientras llevaba a cabo rápidos cálculos mentales.

—Regulo, esa cosa tendría que tener por lo menos setenta mil kilómetros de largo, sólo para mantener el lastre a un valor razonable, Dios, qué proyecto; y yo que creía que el Puente de Tasmania sería el trabajo más importante que vería en mi vida.

Regulo miró con mirada de aprobación la concentración de Rob en la pantalla.

—Ahora comprenderás por qué me interesa la Araña —dijo—. Apenas la patentaste, hace tres años, pensé que era exactamente lo que necesitaríamos si alguna vez teníamos la oportunidad de construir esto. Incluso intentamos copiar la idea por nuestra cuenta, pero nunca lo conseguimos. Uno de mis principios básicos es contratar a cualquiera que pueda hacer algo que yo no pueda. En cuanto a tu cálculo de setenta mil kilómetros...

Se inclinó hacia adelante y volvió a oprimir una llave en el tablero de control. La imagen no cambió, pero apareció un mensaje adicional al pie de la pantalla: DISEÑO DE CABLE CIENTO CINCO MIL KILÓMETROS.

—¿Cuánta masa para una capacidad de transporte razonable? —preguntó Rob de pronto. Había emergido súbitamente de su frenesí de cálculos—. ¿Dónde obtendría los materiales para construirlo? ¿De dónde sacaría la energía para hacerlo funcionar? ¿Y dónde lo armaría? Hay problemas muy claros. Y no veo cómo conseguiría los permisos necesarios para armarlo y bajarlo a la Tierra. —Negó con la cabeza—. Regulo, es fascinante, pero tengo tantas preguntas que no sé por dónde comenzar.

—Bien —el otro hombre asintió. Había una expresión de profunda satisfacción en su destrozada cara—. Te interesa. Estaba casi seguro de ello. En cuanto a tus preguntas, tal vez pudiera responderlas ahora mismo, pero sugiero que hagamos las cosas de otra manera. Creo que debes regresar a la Tierra, pensar un poco en todo esto, leer las referencias y hacer tu primer bosquejo de proyecto de ingeniería. Si eres como yo, querrás hacer tu propio diseño, por más que te digan que ya está hecho.

Rob sonrió. Regulo había puesto el dedo en un punto clave de la filosofía Merlin sobre ingeniería: no aceptar un diseño hasta que no lo haya hecho uno mismo. Asintió.



—Pensé que te parecería mejor —dijo Regulo, feliz—. Mira el diseño de la Araña, también, y fíjate si se la puede acelerar, como hablamos. Debes pensar en términos de cien mil kilómetros de cable. ¿Te das cuenta ahora de por qué necesito una producción de al menos doscientos kilómetros diarios? Me gustaría que pudieras duplicarlo, incluso. Y lee los viejos informes sobre la dinámica de los puentes. Verás que a menudo se le llama *garfío espacial*, aunque a mí siempre me ha parecido más apropiado llamarlo Tallo-de-habichuela —rió—. Desde la superficie de la Tierra hacia arriba, hacia una nueva tierra, eso no es más que el Tallo. Lástima que no te llames Jack.

Regulo apagó la pantalla.

—Ven a verme cuando tengas preparado algún diseño y plan de instalación y lo discutiremos. Te advierto que yo tengo mis ideas, y hace muchísimo tiempo que vengo pensando en esto. Tendrás que traerme algo que sea por lo menos igual de bueno, y convencerme. Claro que yo no conozco el potencial real de la Araña, y tú sí, de modo que juegas con ventaja.

Se levantó rígidamente de la silla, con movimiento trabajoso y torpe aun a pesar de la baja gravedad de la estación.

—Hemos hecho bastante —dijo—. Caramba, no tengo la fuerza que necesito. Hace cincuenta años no me cansaba nunca, y ahora me canso antes de empezar. Ve a buscar a Cornelia, ¿quieres? Dile que hemos terminado y que estás listo para regresar. A menos que haya otras cosas de las que quieras hablar ahora. Del dinero, por ejemplo, no hemos tocado ese tema.

Rob negó con la cabeza.

—Déjeme convencerme de que el Tallo es factible. Tendremos mucho tiempo para hablar de los contratos más adelante. —Miró con curiosidad dentro de los ojos de Regulo—. Pero sí tengo una duda. Si me hago cargo de la ingeniería, ¿cuál será su papel? Usted lo comenzó, y estoy seguro de que querrá intervenir en el proyecto.

—¿Yo? —el anciano rió sin alegría—. Hombre, si tú eres Jack el de las habichuelas, supongo que a mí no me queda otro papel que el del Ogro. Doy el tipo, eso no puedes negarlo. Pero si lo que quieres saber es cuál será mi contribución, te lo diré la próxima vez. No te preocupes, hay suficiente para los dos. Para empezar, está el asunto de la financiación, no hemos hablado de costos, pero, créeme, será más de lo que puedas imaginar. Por suerte, tengo para eso, y para mucho más. He estado ganando muchísimo dinero durante muchísimo tiempo, y además no tengo demasiadas maneras de gastarlo. Por otro lado está el asunto de los materiales.

Necesitaremos más de lo que se puede obtener en la Tierra para construir el Tallo-de-habichuela, y te mostraré de dónde provendrá todo. Dime dónde quieres construirlo, y cómo, y yo te conseguiré lo demás.

Avanzó despacio hasta la puerta del estudio y la abrió, apoyándose contra ella. Rob vio hasta qué punto el cuerpo del anciano estaba deteriorado. La ropa le colgaba, holgada, de los hombros encorvados.

—Sigue el pasillo hasta el final y dobla a la derecha —explicó Regulo—. Encontrarás a Cornelia en la primera habitación. Dile a Joseph Morel, que estará con ella, que ya hemos terminado y que quiero hablar con él. —Respiró hondo—. Merlin, he disfrutado con nuestra conversación más que con ninguna otra cosa en el último mes. Haz el diseño. Luego nos veremos.

—¿Aquí?

Regulo negó despacio con la cabeza.

—No lo creo. Este lugar no tiene las comodidades que necesito. Ven a Atlantis. Te mostraré el lugar y tendrás una idea de lo que es un buen sitio para vivir. Cornelia puede organizado todo para llevarte.

Tomó la mano de Rob para estrechársela, pero la levantó alto y la sostuvo entre las suyas. La revisó con curiosidad, volviéndola y estudiando los dedos, las uñas y las palmas.

—Buen trabajo —dijo al fin—. Hasta el tacto. Tiene la temperatura corporal, casi, y la textura puede pasar por piel. ¿Tienes sensibilidad en los dedos?

Rob flexionó los dedos, y le mostró las dos manos.

—Mejores que humanas —respondió—. Puedo notar un cabello a través de un papel, o el año impreso en una moneda.

—¿Y fuerza?

—Mucha. Creo que son el doble de fuertes de lo que habrían sido las mías.

—Ajá —Regulo pasó el pulgar por el dorso de la mano de Rob—. Han realizado un trabajo notable. Fue congelación, ¿no? Me sorprende que no intentaran un proceso de recrecimiento.

—No podían. Soy parte del desafortunado dos por ciento que no puede regenerar. —Rob afrontó los brillantes ojos de Regulo—. ¿Cómo se enteró de la congelación?

—De la misma manera que supe que tus manos eran artificiales —Regulo no se amilanó—. ¿No se te ha ocurrido que estudié cada detalle de tu biografía antes de pedirle a Cornelia que se pusiera en contacto contigo? Soy como tú, quiero saber con quién voy a trabajar. No te preocupes, no



soy de los que se meten en los asuntos privados de la gente. Me interesaron tus manos como una pieza de ingeniería de precisión de primera, eso es todo. ¿Cuánto tardó el equipo de cibernética en realizar ese trabajo?

—Demasiado tiempo —Rob hizo una mueca al recordar—. El último par me lo colocaron hace ocho años, el día que cumplía diecinueve años. Decidieron que ya había dejado de crecer. Pero tuve doce pares provisionales, a medida que crecía.

Regulo movía la cabeza, comprensivo.

—Habrán sido muchísimas operaciones. Yo he tenido varias, de manera que sé por lo que habrás pasado.

Levantó la cabeza como para decir algo más, pero pareció cambiar de idea.

—Sesenta y dos operaciones, según los registros del hospital —dijo Rob tras un momento de silencio—. Claro que era demasiado pequeño para recordar las primeras. Pero sólo cuento las operaciones en las que me ponían manos nuevas. Para las demás podían usar anestesia, porque no tenían que hacer pruebas para realizar las conexiones nerviosas exactas.

Regulo pareció de pronto molesto por el tema de la conversación. Asintió, le dio una palmadita a Rob en el hombro y regresó despacio a la gran oficina.

En la habitación situada al final del corredor, Rob encontró a Corrie absorta charlando con un hombre corpulento, colorado de cara, con una bata blanca. Estaba de pie de perfil, y se le veía el cabello rubio muy corto encima de una frente abultada y una nariz prominente. Rob notó lo ancho de la espalda y el pecho hundido. El hombre hablaba con Corrie en voz baja. Ella parecía escuchar sus palabras con avidez. Cuando Rob entró en la habitación la charla se interrumpió. Hubo un súbito e incómodo silencio.

—Bueno, Corrie —dijo Rob al fin, ya que ninguno de los otros dos parecía dispuesto a hablar en primer lugar—. Regulo y yo hemos terminado. Volvemos en el Remolcador hacia la Tierra. —Se dirigió al hombre—. Usted debe de ser Joseph Morel. Regulo me ha dicho que querría hablar con usted, si ya había finalizado su trabajo.

El otro hombre posó sus fríos ojos grises en Rob, hizo una pequeña inclinación de cabeza y lo acompañó con un extraño y anticuado movimiento de las caderas.

—Mis disculpas por no haberme presentado. Cornelia y yo estábamos absortos en nuestra conversación, hasta tal punto que he olvidado las más elementales reglas de cortesía. Soy Joseph Morel, como usted ha adi-

vinado. No nos conocemos, pero hace muchos años conocí a su padre, Gregor. —Sonrió—. Se le parece en algunos rasgos.

Merlin miró a Joseph Morel con nuevo interés. Las cicatrices estaban allí, en las sienes y en la nuca, evidencia cierta de un tratamiento de rejuvenecimiento. Suponiendo que se lo hubiera hecho sólo una vez, Morel tendría unos cincuenta y cinco años, apenas más joven de lo que habría sido Gregor Merlin de estar vivo.

—Lo conocí en Göttingen —continuó Morel—. Estudiábamos juntos allí. Lamenté mucho enterarme de su desdichado accidente.

Los tres comenzaron a caminar hacia la oficina de Regulo.

—Era un científico prometedor —continuó Morel. Sacudió la cabeza con pena—. Lamento que no haya vivido para desarrollar sus capacidades.

Miró a Rob de soslayo.

—Me ha dicho Regulo que usted ha heredado su talento, aunque ha elegido dedicarse a otro campo. Regulo espera mucho de usted.

Morel hizo una leve inclinación de cabeza y entró en el estudio, y Rob y Corrie continuaron por el corredor hacia el Remolcador. Dentro de la habitación, Regulo había vuelto a encender la gran pantalla que mostraba la Luna, la Tierra y el garfio espacial en un infinito y complejo patrón de rotación. Morel se dirigió hacia el gran escritorio y se paró frente a él.

—Por los comentarios que me hizo Merlin, debo asumir que tienes intenciones de proseguir —dijo—. ¿Puedo recordarte de nuevo que Caliban ha sugerido, tres veces, que una relación con Merlin sería indeseable, quizás incluso peligrosa?

Regulo gruñó. Estaba reclinado en la silla, mirando sin ver la imagen de la pantalla contra el fondo azul.

—Te oigo, Joseph. Te oí la última vez. —Giró en la silla para encararse al hombre que estaba de pie ante él—. También sé con exactitud lo que dijo Caliban. Pero no tengo tu fe en ese oráculo del diablo, y de verdad necesito a Merlin y a la Araña. ¿Quién te asegura que estás interpretando a Caliban correctamente? Siempre me dices que su información es ambigua. ¿Estás seguro de que en realidad nos está advirtiendo algo?

Morel apretó los labios. Eran labios carnosos y muy rojos, formando una boca pequeña, apretada.

—No necesito insistir en ello. Sabes tan bien como yo que su información es difícil de interpretar. Eso no la invalida. Por lo que sabemos, casi todos los mensajes de Caliban se originan en Sycorax, dado que todos



los datos y las transformaciones de sus mensajes son creados allí. Nada de esto tiene importancia, ha habido una advertencia, que tú al parecer desatiendes. Sin embargo, no me has dado ninguna razón válida para que Merlin intervenga en las actividades de Empresas Regulo. No me has convencido de que necesitas a Merlin.

Regulo asintió.

—Ni creo que lo intente —dijo con brusquedad—. Escucha, Joseph, tú concéntrate en tu trabajo y deja que yo me preocupe del desarrollo general de Empresas Regulo. Tú no sabes nada de negocios. Necesitamos el garfio espacial. Si no construimos un Tallo-de-habichuela, lo hará alguien más, y cuando haya uno funcionando la cantidad de lanzamientos de cohetes disminuirá a cero. Los cohetes son la fuente de más de la mitad de nuestros ingresos. ¿No crees que a la Federación Unida del Espacio le encantaría tener la oportunidad de perjudicarnos? Nuestra única posibilidad de vencer su burocracia es mantenernos un paso más adelante que ellos desde el punto de vista de la técnica, de modo que las nuevas restricciones que nos pongan jamás lleguen a derribarnos. Si quieres los recursos para seguir con tus experimentos, recuerda que todos necesitamos el Tallo-de-habichuela.

El rostro de Morel se había ruborizado apenas mientras Regulo hablaba, dejándole una mancha roja en cada mejilla.

—Así que tenemos que construir el anzuelo espacial —dijo con hosquedad—. Lo admito. Pero no me has convencido de que necesitas a Merlin. Y si no me equivoco, Sala Keino sigue trabajando para ti.

—Así es. Y seguiremos utilizándolo. Pero el Tallo necesita de la Araña, y la única manera de conseguirla es a través de Rob Merlin. —Regulo se puso de pie, apagó la pantalla y rodeó despacio el escritorio hasta quedar junto a Morel. Apoyó con suavidad una mano en el hombro del otro—. ¿Qué te pasa, Joseph? Pareces tener miedo de Merlin.

—Lo tengo —Morel se volvió para mirar a Regulo, y su rostro aún expresaba su descontento—. Yo realicé parte de la investigación sobre él, ¿recuerdas? Es una peligrosa combinación. Inteligente y tan obsesivo como tú cuando se empeña en algo. ¿Qué clase de loco escalaría la K-2 por deporte, solo, y con un mínimo de provisión de oxígeno?

—Tiene una ventaja para escalar. Esas manos artificiales pueden aferrarse a cualquier cosa.

—No seas ridículo, Regulo —la voz de Morel sonaba airada otra vez—. ¿Desde cuándo eres experto en prótesis? Sé del tema más que tú. Te aseguro que, a pesar de lo que a Merlin se le ocurra decirte sobre sus manos, y a pesar de lo que él crea sobre ellas, no son más fuertes que las

de carne y hueso, y son desde luego mucho menos sensibles. Se ha acostumbrado a ellas, pero no pueden ser más que una ayuda marginal, en el mejor de los casos. No son la razón de que pudiera escalar esa montaña. Hay sólo una razón válida. La escaló porque es un loco. Jamás daría a ese obseso la oportunidad de fijarse en mí como se fijó en la cumbre de ese pico.

—Está bien, Joseph —Regulo levantó la mano para detener el torrente de palabras—. Te escucho y agradezco tu preocupación. ¿Quieres aceptar mi palabra de que es innecesaria? Has visto a Merlin. Has tenido oportunidad de leer ese rostro y esos ojos, pero a lo mejor no sabes cómo. Yo he visto esa expresión antes. Rob Merlin es un ingeniero lo mires por donde lo mires, no tiene tiempo para nada más. Cuando comencemos a trabajar en el Tallo tendrá las manos (reales o artificiales) demasiado ocupadas para dedicarse a cualquier cosa relacionada con tu trabajo. Dentro de diez años quizá sea un hombre diferente, pero en este momento sus únicas preocupaciones son sus proyectos, y no tienes idea de lo capaz que es. Yo lo sé, porque sé de qué habla. Lo necesitamos para construir el Tallo.

Volvió a su silla y se sentó, indicándole a Morel el asiento frente a él.

—Déjame ocuparme de él —prosiguió—. Ahora bien, supongo que te has comunicado con Atlantis otra vez. ¿Qué está pasando? Me gustaría saber qué nuevos proyectos hay.

Morel se sentó. Pasó algunos momentos organizando sus pensamientos y luego comenzó a hablar con una voz más concentrada y tranquila. Regulo se inclinó hacia adelante, con los ojos brillantes atentos y el rostro surcado de arrugas apoyado en las manos. De vez en cuando asentía, hacía alguna pregunta o tomaba notas en la libreta que tenía frente a sí. Una vez interrumpió a Morel, e introdujo una larga secuencia de datos en el panel de control al lado del escritorio. Silbó al ver la respuesta.

—¿Te das cuenta de cuánto costará esto, Joseph? Esto refuerza mi argumento: necesitamos el Tallo.

Morel asintió. Su mente se hallaba en otra parte. El dinero era asunto de Regulo. Siempre había habido mucho dinero en el pasado. Darius Regulo hallaría la manera de mantener sus finanzas florecientes.



## «VE Y TRAE UNA ESTRELLA FUGAZ...»

Apenas entraron en el Remolcador Espacial y estuvieron cómodamente instalados en sus asientos, Cornelia Plessey pulsó el control de la puerta que los separaba de la zona de la tripulación y miró a Rob con gesto inquisitivo.

—¿A dónde vamos?

Rob, que todavía luchaba con las incómodas correas del asiento, interrumpió sus esfuerzos.

—En sólo diez minutos podría diseñar unas decentes —refunfuñó. Y cambiando de tono—: ¿Quieres decir que podemos elegir?

—Te dije antes de que viniéramos que cuando uno trabaja para Darius Regulo hay muchas ventajas. Puedo ordenar que nos dejen en cualquier lado, siempre y cuando no sea demasiado lejos del ecuador. Creo que veinticinco de latitud es lo máximo para este Remolcador.

—Eso ofrece nuevas posibilidades —Rob pensó un momento—. Todavía no estoy seguro. Lo primero que necesito es dormir: no hemos parado desde que salimos de la Tierra y estoy empezando a desfallecer. ¿Cuánto durará el vuelo?

—Aproximadamente cuatro horas.

—Es más de lo que necesito. —Vaciló—. No sé cuáles son tus planes, pero me gustaría hablar más de Regulo si tienes tiempo. Me dijiste bastante mientras veníamos, pero ahora que lo he conocido tengo más preguntas.

—Hablares todo lo que quieras. Es parte de mi trabajo, y tú eres mi prioridad número uno. —Se pasó una mano delgada sobre la frente bronceada y cerró los ojos un instante—. Pero, si no te importa, podríamos dormir un poco antes de hablar. Hace casi veinticuatro horas que yo tampoco duermo. ¿Qué te parece el siguiente plan? Decides dónde quieres que nos deje el Remolcador y comeremos allí. La comida que sirven a bordo no es muy buena, y además no sé cómo soportará tu estómago la caída libre.

—Mal, así que esperaré. Creo saber dónde quiero ir, pero debo hacer una llamada privada a la Tierra antes de estar seguro.

—Hay un recinto atrás con un codificador, si necesitas hablar en privado.

Ella lo observó levantarse del asiento, volviendo a maldecir por las correas, y encaminarse a la parte de atrás. Su misterio la intrigaba. Cuando Rob regresó un par de minutos más tarde parecía muy satisfecho.

—Todo arreglado. Me gustaría que nos llevaran a la parte sur de Yucatán, cerca de la frontera guatemalteca. Supongo que será a una latitud quince, más o menos, de modo que no tendrán problemas en llegar allí. Luego iremos a Camino Abajo.

La miró, esperando una reacción positiva, pero el rostro de ella no expresó nada y la mirada pareció ensombrecida. Rob temió de pronto que a Corrie no le pareciera, como a casi todo el mundo, el colmo del lujo. ¿Cuánto dinero tendría ella, con esa ropa cara y su auto aéreo? Él había supuesto que el auto pertenecía a Regulo, pero tal vez se había equivocado.

La reacción de Corrie pareció confirmar lo último.

—Está bien —dijo, pero sin ningún entusiasmo.

—¿Qué pasa? ¿Ya has estado allí?

—No, nunca. —Ella lo miró y luego pareció tomar una decisión. Sonrió y asintió—. Vamos. Iré a decirle a la tripulación dónde pensamos ir, para que vayan fijando una órbita de acercamiento y decidan cuál es el puerto más cercano para dejarnos. Tú acomódate ahí. No tienes por qué despertarte hasta que lleguemos, aunque yo sé que no puedo dormir nada a dos o tres ges y las alcanzaremos camino a la superficie. Les pediré que hagan el vuelo lo más tranquilo posible.

Rob quedó pensativo cuando ella salió del departamento y se acomodó en su litera. No había duda alguna, Corrie estaba preocupada por algo, y ese algo tenía que ver con Camino Abajo. Tal vez creyera que no merecía tanta fama. La verdad era que, eso podía decirse de casi todas las atracciones, él le enseñaría algo que haría las cosas diferentes. Cerró los ojos.

El sueño se negaba a venir. Tenía la cabeza demasiado llena de ideas. La noche anterior, amarrado a la ladera desnuda de una montaña; ahora, en caída libre en una órbita sincrónica, y con un día muy movido entre las dos noches. Cuando comenzó a caer en la inconsciencia vio ante él el rostro arrugado y gris de Darius Regulo, con los cabellos blancos y los penetrantes ojos azules. ¿Cómo era? *El sapo, horrible y venenoso, lleva sin embargo una joya en la cabeza.* Pero el horrible Regulo parecía cualquier cosa menos venenoso. Amable, astuto, muy experimentado, y un demonio en ingeniería. De alguna manera, este hecho era más importante que los demás.

—¿Qué tal? ¿Cómo has dormido?

Corrie había aparecido desde la nada, segundos después del aterrizaje.

—No muy bien. —Rob la miró admirado. Se había puesto un traje de dos piezas, con una blusa color crema pálido que resaltaba su figura y



sus delicados brazos y hombros—. Ningún problema mientras estábamos bajo aceleración —dijo—. Al contrario de lo que te pasó a ti. A dos g perfectos, pero apenas hemos llegado a cero g he empezado a despertarme a cada rato y a agarrarme de las paredes. No te olvides de que he pasado la última semana en la ladera de una montaña. En esas circunstancias una caída libre habría sido fatal.

Se restregó los ojos, se incorporó y miró por la ventanilla. Frunció el ceño.

—Eso no parece el Puerto Espacial Belize.

—Porque no lo es. —Corrie se encogió de hombros—. Los tripulantes me han notificado que no se les permite aterrizar hasta dentro de veinticuatro horas. Les dije que lo intentarían en Panamá, en lugar de hacernos esperar un día entero. Debemos seguir viaje por aire. Pedí que nos tuvieran un avión listo a nuestra llegada. Si salimos ya, podremos estar en Camino Abajo dentro de un par de horas.

—Bien —Rob se soltó de las correas y se puso de pie. Era extrañamente tranquilizador estar otra vez en un ambiente de un g—. Me alegra comprobar que el dinero de Regulo no puede comprarlo todo, aunque al parecer puede comprar muchas cosas.

—No cambiamos los horarios de los puertos espaciales, si te refieres a eso, la FUE los tiene bajo su control. —Corrie abrió la puerta corrediza y miró la noche tropical. El sol se pondría en pocos momentos, y el aire estaba lleno de aromas secos y profundos—. Algún día espero que Regulo consiga permiso para construir su aeropuerto espacial privado, aunque no le serviría de mucho, él no puede venir a la Tierra.

Rob recordó sus últimos pensamientos antes de dormirse.

—Creo que puedes aclararme algo —dijo—, mientras volamos hacia Yucatán. Cuando entramos en la oficina de Regulo no se veía muy bien porque el nivel de luz era muy bajo. Yo supuse que él no quería que la gente le viese la cara. Pero después de hablar con él un rato me di cuenta de que no era por eso. No parece el tipo de persona que se preocupa por su aspecto. ¿Me equivoco?

—¿Regulo? ¿Creíste que era vanidoso? —Corrie estalló en una carcajada mientras Rob la miraba, algo irritado—. Perdóname —dijo— pero la idea es ridícula cuando conoces a Regulo. No le importa un bledo su aspecto personal, en lo más mínimo. ¿No sabes cómo comenzó a hacer dinero?

—Tengo una idea. —A Rob le intrigó el aparente cambio de tema—. Comenzó enviando materiales a la órbita de la Tierra desde el

Cinturón de Asteroides, ¿no? ¿Y eso qué tiene que ver con su preferencia por la oscuridad?

Habían bajado del Remolcador y pasaban por Emigración. Rob vio más pruebas del largo brazo de la influencia de Regulo. Las interminables formalidades usuales con Aduana y Admisión terminaron en segundos, sin más que una fugaz mirada a su documento de identidad y una rápida entrada en la terminal de datos. El sol descendía rápidamente en pleno crepúsculo, cuando salieron hacia el avión que los esperaba y se subieron a él.

—Tiene mucho que ver —dijo Corrie por fin mientras revisaba los controles y fijaba el rumbo—. Explica muchas cosas sobre Regulo. Te enterarás tarde o temprano, de modo que será mejor que lo sepas de entrada. Ya hay demasiados rumores sobre Darius Regulo. Lo que has dicho es cierto. Él y un par de socios capitalistas instalaron un negocio de transporte, hace más de cincuenta años. Se empezaba a explotar el Cinturón y había cuatro o cinco grupos que realizaban el transporte de materiales en el Sistema Interno. Supongo que era muy competitivo e implacable. El equipo de Regulo fue uno de los primeros en tener problemas serios...

Los asteroides grandes recibían mucha publicidad, pero eran los pequeños los valiosos. Los «Tres Grandes» del Cinturón Interior, Ceres, Pallas y Vesta, ya estaban listos para albergar colonias permanentes. Un poco más lejos había un buen puñado de otros, de más de tres kilómetros de diámetro y todos buenos candidatos para una explotación a largo plazo: Hygeia, Eufrosine, Cibeles, Davida, Interamnia. La tripulación del Alberich conocía su existencia pero los despreciaba, como a todos los que tuvieran más de un kilómetro o dos. Una cosa era encontrar planetoides ricos en minerales; trasladarlos y explotarlos era una tarea más difícil.

Darius Regulo, como socio industrial del equipo, tenía a su cargo la larga y tediosa tarea de un primer análisis y evaluación. Hizo todo tipo de exámenes: espectroscópicos, de microonda activa y pasiva, térmica infrarroja y láser. Con los datos sobre tamaño y elementos orbitales tenía todo lo necesario para una primera recomendación. Nita Lubin y Alexis Galley estudiaron su informe, le añadieron el conocimiento enciclopédico de Galley sobre precios de metales FOB en la órbita de la Tierra, y tomaban la última decisión.

Galley, cabellos grises y cejas espesas, estaba sentado frente a la consola. Parecía un viejo bibliotecario, entrecerrando los ojos para ver lo que le decía el ordenador y mascullando entre dientes números y cifras. De vez en cuando miraba al techo, como si leyera allí números invisibles.



—Es del tamaño apropiado —admitió por fin—. No hay elementos peligrosos, además. Ojalá tuviera un porcentaje de iridio más alto; eso y el porcentaje de volátiles son los factores determinantes. ¿Qué dicen las pruebas de plomo y cinc, Darius? No los encuentro.

—Son insignificantes. He decidido que podríamos considerarlos cero, a efectos de cálculo.

—¿Ah, sí? —Alexis Galley hizo un gesto de asombro—. Te agradecería que dejaras esa decisión en mis manos, hasta que tengas más años de experiencia. Ahora vamos a ver otra vez las cifras de masa.

Darius Regulo estaba de pie detrás de Galley, mirando por encima del hombro del otro, viéndolo trabajar. Si había alguien de veinticuatro años capaz de asimilar los resultados de veinte años de experiencia en minería espacial sólo mirando y escuchando, era él. Ya había aprendido que el valor real de los metales no era más que una ínfima parte de la decisión final. Pesaba más la disponibilidad de volátiles utilizados para modificar la órbita, la posición del asteroide en el Sistema y los costos de extracción.

Galley asentía para sí mismo.

—Me seduce intentarlo —dijo—. Verdaderamente has hecho un buen trabajo, Darius. —Giró en su silla—. ¿Qué opinas, Nita? ¿Lo intentamos?

El tercer miembro de la tripulación estaba en el otro extremo de la nave, mirando por la ventanilla la irregular masa de roca que se acercaba más y más al Alberich. Se restregaba la nuca y pensaba.

—No lo sé, Alexis. Hay un amplio margen de volátiles, podemos llegar con facilidad. Pero, ¿podremos hacerlo con la rapidez necesaria? —Sacudió la cabeza—. El grupo Probit ofrece una comisión del diez por ciento por los próximos cien millones de toneladas de níquel o hierro que lleguen a la órbita de la Tierra.

Galley asintió.

—Luchan contra el tiempo.

—Como siempre —dijo Lubin—. Y nosotros también. Temo que Pincus y su equipo se nos adelanten. He estado escuchando sus emisiones de radio y comenzarán a trasladar a su elegido dentro de uno o dos días. Aunque nosotros tomemos una decisión en este preciso instante, no tendremos energía para ese asteroide hasta casi dentro de una semana, y no ahorraremos tiempo en la órbita de transferencia. En todo caso, están mejor situados que nosotros para ello.

—Entonces lo tenemos difícil —Alexis Galley miró la pantalla sin verla—. Si llegamos los segundos perdemos la mitad de la ganancia. Tal vez debamos seguir buscando otro con una mejor composición.

—No nos arriesguemos —Regulo había estado escuchando la conversación con suma atención. Alexis Galley era siempre demasiado conservador, y Regulo necesitaba esa comisión mucho más que Galley o que Nita Lubin—. Hemos tardado semanas en encontrar uno tan bueno como éste. ¿Y si intentamos una hiperbólica?

Los otros dos permanecieron en silencio.

—Tiene que haber mucha reacción de masa para una hiperbólica —continuó—. Tú misma dijiste que había muchos volátiles, Nita, y ganaríamos al menos cuatro semanas en tiempo total de tránsito.

Galley miró el delgado rostro de Regulo y sus ojos pálidos y brillantes.

—Creo que ya sabes mi opinión sobre las transferencias hiperbólicas —recordó—. ¿Tengo que repetirla? Consumes algunos de los volátiles y pierdes masa de reacción en la órbita solar. Si no tienes suerte, cuando pases del perihelio necesitarás ayuda para bajar a la órbita terrestre. Y los Remolcadores que te ayuden a bajar te costarán el doble de lo que hayas ganado. No obstante —continuó, encogiéndose de hombros—, no me gusta cerrarme a las ideas, sólo porque me hago viejo. ¿A cuánto deberíamos acercarnos?

—A tres millones de kilómetros, en el perihelio.

—¿Desde el centro del Sol o desde la superficie?

—Desde el centro.

—Caramba. Sólo estaríamos a un cuarto de millón de la superficie. Demasiado cerca.

—Pero no estaremos mucho tiempo —interrumpió Nita Lubin. Se aproximó y se detuvo junto a la pantalla—. Creo que debemos hacerlo. Ya hemos hablado del tema y siempre encontramos razones para no hacerlo. Intentémoslo. No tenemos por qué permanecer junto al asteroide. Podemos separar el Alberich apenas lleguemos a Mercurio, introducirnos en una órbita a mayor distancia del perihelio y volver a conectarnos con él más tarde.

—Entonces llegaríamos demasiado tarde para encontrarla —protestó Galley—. Si volamos en una órbita mayor, tardaremos más.

—No si llevamos al Alberich en un vuelo propulsado. Alexis, estás buscando razones para evitar hacerlo —Nita Lubin parecía haber tomado una decisión. Se volvió al miembro más joven de la tripulación—. ¿Cuánto tardarás en hallar una ruta apropiada para el Alberich? Necesitamos algunas opciones.

Regulo no dijo una palabra. Metió la mano en el bolsillo, sacó una hoja de ordenador y se la alargó.



—¿Qué es esto? —Nita Lubin miró la hoja, sonrió y se la mostró a Galley—. Órbitas para el Alberich. Ambicioso ¿eh? Bien, eso no tiene nada de malo, para eso estamos todos aquí. ¿Qué te parece, Alexis? Tendríamos un perihelio de doce millones de kilómetros para la nave. No está mal. Supongo que será mejor comprobarlo por mí misma. Vosotros podríais dedicaros a ponerle los impulsores al asteroide. En principio, tendremos mucho tiempo para eso, si es que podemos hacer la transferencia en cuatro semanas, como sugiere esto.

Alexis Galley se levantó despacio de la consola y contempló durante un largo rato a los otros dos.

—Continúa sin gustarme, pero seguiré adelante. Tú has puesto casi todo el dinero, Nita, y es justo que intentemos proteger tu inversión. Pero recuerda esto: ninguno de vosotros ha trabajado nunca cerca del Sol. Yo sí. Allí el cronometraje es más rígido, no hay tanto margen de error como aquí. Si no te importa, Nita, cuando tú termines, yo también revisaré esos cálculos.

Salió de la cabina y se dirigió a donde estaban las provisiones de impulsores. Nita Lubin lo siguió con la mirada, pensativa.

—¿Sabes? Lo hace por mí, Darius. Me pregunto si no será una locura. Alexis tiene más experiencia que nosotros dos juntos.

Regulo la miró con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Qué quieres decir? Pensé que estaba decidido. Escucha, no sé tú, pero yo no quiero que nos gane el grupo de Pincus, y lo hará si elegimos la transferencia de siempre en una órbita elíptica. Perderemos, no hay duda.

Había empaldecido, y le resplandecían los ojos. Nita Lubin lo miró con interés.

—Eres ambicioso, Darius, no me había dado cuenta de hasta qué punto. Bien, sigo diciendo que no es una mala idea. Yo estoy aquí para hacer dinero, y Alexis también. Ve con él y ayúdalo, yo revisaré tus cálculos.

—Están bien —dijo Regulo. Se volvió rápidamente y salió de la cabina, sin darle tiempo a Nita Lubin de añadir nada.

Las primeras etapas de la transferencia de órbita seguían el modelo clásico que Alexis Galley había iniciado hacía más de veinte años. Primero se trazaba la forma del asteroide y se fotografiaba desde múltiples ángulos. Luego venía el detalle de la distribución de masa, calculado a partir del análisis de los datos sísmicos. Eso determinaba la colocación de poderosas cargas explosivas en agujeros practicados a profundidad en la roca.

No se obtenía más que una distribución aproximada de las densidades internas. Con todo, ésa era la mejor fuente de información sobre las cantidades de amoníaco, dióxido sólido de carbón, agua y hielo de metano dentro del asteroide, la fuente de la masa de reacción que impulsaría al fragmento a la órbita de la Tierra.

Galley y Regulo estaban frente al ordenador, trabajando juntos en la colocación de los impulsores. A medida que los volátiles se consumían y se expelían en vuelo, el centro de la masa y la fuerza de la inercia de lo que quedaba del asteroide cambiaba. El ritmo de impulso debía mantenerse exacto, de lo contrario todo el planetaide comenzaría a girar bajo el par de torsión aplicado.

—¿Ves por qué me opongo a tu maldito vuelo hiperbólico? —gruñó Galley—. Cuando se envía cualquier cosa tan cerca del Sol, la velocidad de ebullición enloquece. Se pierde buena parte de los volátiles en pocas horas si vas demasiado cerca. Eso desbaratará el cálculo de centro de masa. Lo que no sucede en una transferencia elíptica, pero ahora debemos tenerlo en cuenta.

—Podemos preverlo —contestó Regulo. Su voz denotaba confianza—. Es cuestión de más cálculos. Averiguaré el flujo solar como función de nuestro tiempo en órbita, y eso nos dará el dato de ebullición que necesitamos.

—Ah, no digo que no podamos hacerlo —arguyó Alexis Galley, sacudiendo la cabeza—. Pero supone más trabajo y perderemos un día más.

—Escucha, no te estoy pidiendo que lo hagas tú —espetó Regulo. Estaba irritado—. Nada me gustaría más que encargarme yo mismo del cálculo.

El hombre de más edad lo miró con calma.

—Escucha, Darius, tranquilízate. No digo que no hagas tu parte del trabajo, incluso más. Pero no me entusiasma este plan. Sólo he volado en una hiperbólica en toda mi vida y fue en una nave médica de emergencia, con impulso ilimitado. No tratábamos de arrastrar mil millones de toneladas de roca. Es arriesgado y no vamos a meternos en ello sin pensarlo muy bien. Si vas a ajustar los cálculos, será mejor que vuelva al asteroide y revise otra vez la posición de los impulsores.

—También quisiera ayudar en eso —dijo Regulo—. Nunca he visto cómo se hace y quiero aprender... No te preocupes por los cálculos de ebullición —agregó rápido, al ver la mirada dubitativa de Galley—. Los obtendré en cuanto regresemos a la nave.

—Está bien —Galley se detuvo un momento, pero luego asintió con gesto de aprobación—. Te diré algo, Darius, nunca he tenido a un apren-



diz tan deseoso de aprender cada pequeña cosa de este oficio. Ven, pongámonos los trajes. El tiempo vuela.

El Alberich estaba anclado a un cable corto, a pocos metros del asteroide. La diferencia de la órbita natural de ambos cuerpos era infinitesimal, apenas la suficiente para mantener el amarre tenso. Los dos hombres se dirigieron despacio hacia la roca, y Galley comenzó su cuidadoso examen de la superficie.

—Aquí hay un buen ejemplo —dijo un momento después, en voz alta por el teléfono del traje—. Cuando la ves te parece perfecto. Hay roca sólida para asegurar aquí un impulsor y se ven los volátiles en la superficie. Pero mira la distribución de la masa —Galley mostró en el vídeo de su traje parte de la simulación por ordenador de la estructura interior del planeta—. ¿Ves?, los volátiles se desvanecen a pocos metros de la superficie. Ahora bien, compara con esa posición que da hacia el Sol. Allí hay una veta real de volátiles, y el amarre es igual de bueno —Galley escudriñó la superficie llena de cráteres, iluminada por los fuertes rayos del distante Sol—. Este lugar parece bueno. En esa veta hay la suficiente reacción de masa para que pueda servirnos.

Regulo estudiaba la imagen en el vídeo.

—Pensé que habías dicho que la distribución de masa era sólo una aproximación.

—Lo es —Galley rió—. A veces uno se lleva una sorpresa, pero es la mejor información que tenemos, de modo que es absurdo ignorarla a menos que veamos algo en la superficie que nos dé más datos. Ésa es la razón por la que estamos aquí —Galley se comunicó con la nave—. ¿Nita? Danos los datos de composición, por favor.

Se inclinó hacia adelante mientras leían la señal en los trajes y golpeó la roca cerca de los pies de ambos.

—Aquí hay un ejemplo de lo que te decía. Sé que hay una buena cantidad de materiales ferromagnéticos debajo de nosotros, aquí, por la fuerza de las abrazaderas de los trajes. Eso no se deduce a partir de los datos que tenemos en la nave, ¿no es cierto? No sé qué más tenemos aquí. No me gustaría echar a perder un trozo de platino sólo por hacer un agujero para colocar un impulsor.

Los dos hombres recorrieron despacio la superficie de la roca, examinando cada lugar posible con cuidado mientras Galley no dejaba de hablar de la lógica de la elección. Después de cuatro horas, Alexis Galley había elegido los siete lugares que necesitaba. Respondía con paciencia al torrente constante de preguntas de Regulo.

—Por lo general no soy tan cauteloso —dijo—. Pero éste tiene una forma extraña, demasiado largo y delgado.

—¿Temes que pueda girarse?

—Tiene tendencia a eso. Cuanto más cercana a la esfera es la forma de la roca, menos debemos preocuparnos por su inestabilidad en la rotación. Ésta es, por cierto, casi dos veces más larga que ancha. Pero da igual, con esos lugares para los impulsores no tendremos problemas, a menos que halles valores muy grandes para la masa de ebullición. Me interesaría saber cuál es la temperatura aquí durante el vuelo en perihelio. Bastante cerca de los quinientos, diría yo.

Los dos hombres habían comenzado a dirigirse despacio hacia el Alberich. Regulo notó el fácil control de los pequeños movimientos corporales y el uso casi inconsciente de los propulsores del traje que hacía Galley al controlar su posición y actitud. Hizo lo posible por imitar al otro.

—El vuelo será de verdad rápido —comentó—. No creo que pasemos más de dos semanas dentro de la órbita de Mercurio, en uno y otro sentido. El asteroide se calentará, pero no importa, y no será por mucho tiempo.

Volvió la cabeza y miró por el visor del traje al Sol. A cuatrocientos millones de kilómetros de distancia se veía pequeño y extraño, un adorno resplandeciente, dorado, en el cielo negro. Galley se había detenido y seguía su mirada.

—Ven, Darius —dijo—. Estarás harto de eso dentro de uno o dos meses. Hagamos esos cálculos y veamos los impulsores. Después, tendrás todo el tiempo del mundo para mirar el Sol. Cuando terminemos estaré más tranquilo.

